

Es la Sarra una región alejada de todos los caminos. Un buitre que quisiera recorrerla de este a oeste, es decir, desde el farallón de Zufre hasta los matos de la Contienda, apenas emplearía un par de horas en completar su viaje. Para recorrer el mismo camino a lomos de bestias o a pie, un hombre habría de echar sus buenas cuatro o cinco jornadas. En este periplo, nuestro buitre volaría primero sobre una tierra de dehesas y olivares, hasta localizar de lejos Aracena, donde da comienzo la zona más húmeda y fértil, ocupada en su mayoría por suaves colinas pobladas de castaños y olivos, así como por vaguadas donde se cultivan modestas huertas, trabajadas por sus propietarios. Los Marines, de buenos mostos, Fuenteheridos, pueblo de papas, castaños y frutales, Valdelarco, de buen jamón y mejor miel, Galaroza, célebre por sus ricas huertas y mañosos carpinteros, Jabugo, conocido en todos los rumbos por sus salazones, Cortegana, pueblo de talabarteros y corcheros, o Aroche, de vastas zonas de cereal y dehesas,

antes de tomar hacia la raya donde abundan las tierras bravas e incultas, son algunas de las poblaciones que dejará atrás nuestro buitre. Si desde Bacina hasta Galaroza abundan las zonas de regadío, a partir de Cortegana, con su algo achacoso castillo roquero, el paisaje cambia, y lo que antes fueran boscosas laderas, ahora se va convirtiendo en dehesas, umbríos olivares y, finalmente, en terrenos poco productivos donde algunas familias comparten territorio con las alimañas. Es precisamente lo que sucede en el fronterizo breñal conocido en la región por la Contienda, que ocupa un ancho territorio casi virgen, situado entre Encinasola, Aroche y Barrancos, poblaciones donde se trapichea con el contrabando, con el carboneo, con la miel de jara y con la más pura necesidad.

En este punto del camino, tras dos horas de vuelo, el buitre, que habrá atravesado la mancha que ahora se extiende a derecha e izquierda, alcanzará la buitrera, asentada sobre un farallón de talliscas, a tiro de piedra de la raya lusitana. Desde la buitrera, separado apenas por un arroyo sin nombre, dominará la colina de los Gavilanes, en cuya solana, de fondo muy pobre, alguien, hace muchos años, levantó un redil para guardar el ganado y algo más arriba un montecillo* que acaso nadie llegó a habitar, tras haber descegado un gran espacio de matorral y excavar una minúscula cantera de pizarra. Abandonados durante largos años, tanto el

redil como el monte de piedra bien trabajada se mantienen en pie, escoltados por dos encinas de bella planta y cercados por un extenso matorral donde abundan la jara, el tojo, la torvisca, el brezo blanco o la retama, que en esta comarca tan a trasmano del mundo los naturales llaman acendaja*.

Pero mientras el buitre descansa ya sobre las ramas secas de su lecho, otro viaje muy distinto está a punto de comenzar.